

¿CÓMO CONMEMORAR LA INDEPENDENCIA?

Diálogo con Tatiana Hidrovo, Carlos Landázuri,
Ana Luz Borrero, Enrique Ayala y Ángel Emilio Hidalgo

La Independencia aparece en las narrativas nacionales como el acontecimiento de ruptura por excelencia. Aquel que encarna el mito de origen de

regiones, de otro lado, se presentan revestidos de una grandilocuencia épica que en muchas ocasiones ofusca o distorsiona una informada y elemental comprensión histórica. Impulsos de patriotismo local o nacional y afanes “identitarios,” que funcionan como parte de las condiciones de posibilidad del análisis histórico, terminan por imponer representaciones del pasado pobladas de anacronismos serviles a subtextos de corte teleológico.

A diferencia de lo que ocurre en la historiografía de otros períodos históricos, la comprensión de la Independencia ecuatoriana está dominada por la historiografía tradicional. Independencia y nación han experimentado una intrincada simbiosis de larga duración. Buena parte de las caracterizaciones que hoy se divulgan sobre la Independencia ecuatoriana no consideran cuestiones como la dimensión del poder, la agencia de los sectores subalternos, la participación de las mujeres, la complejidad y la riqueza de las mutaciones y desafíos político-culturales (concepciones sobre la soberanía y la representación política) que los hombres y las mujeres de aquel período enfrentaron.

Durante las tres últimas décadas, la Independencia no concitó un interés significativo en los estudios históricos desarrollados en Ecuador. Muchos investigadores nacionales, de la escuela tradicional y “nueva”, optaron por seguir el guión preestablecido por la “historia patria”. Resulta indicativo constatar que una buena parte de la renovación historiográfica en este campo provino de estudiosos afincados en medios académicos de fuera del país.

Como ocurre con la memoria de este tipo de procesos históricos, la disciplina histórica produce solo uno de los registros que pugnan por establecer significados sociales actuales sobre los acontecimientos pasados. Aficionados a la historia, artistas, literatos y poetas; muestras museográficas y rituales cívicos; el aparato escolar y los medios de comunicación y el cine; los gobiernos locales y otros actores institucionales, el discurso político, entre otros, ofrecen información e interpretaciones sobre la Independencia para su consumo en el espacio público. Una cosa es la representación del pasado que proviene del registro de la disciplina histórica, en el cual, como se sabe, coexisten diversas posturas e interpretaciones, y otra muy distinta es la que circula en la trama de las memorias sociales. Ninguna de estas representaciones del pasado está exenta de los juegos del poder que se escenificaron en el pasado ni de los que ocurren en el presente.

Animado por estas y otras inquietudes, entrevisté a cinco conocidos investigadores, afincados en diferentes entornos regionales e institucionales, para recabar su perspectiva sobre la conmemoración bicentennial en el Ecuador.

Guillermo Bustos,
editor

TATIANA HIDROVO*

¿De qué manera enfrenta usted el análisis histórico sobre la Independencia ecuatoriana?

La vieja historia política cumplió su propósito de canonizar el origen del Estado nacional. Hoy hay una profunda necesidad de reescribir nuestra historia política para contestar preguntas más complejas planteadas por los cada vez más amplios actores sociales, que sienten la urgencia de resignificar el pasado y construir nuevos sentidos desde el presente.

La Independencia ecuatoriana debe ser mirada como un proceso complejo, en una perspectiva hispanoamericana, y circunscrita en el marco de una revolución civilizatoria. Una nueva historia política nacional debería explicar la participación de todos los colectivos, de las distintas localidades, y las particularidades de nuestra sociedad, resultado de un proceso colonial.

Los nuevos estudios históricos deben desembarazarse de una visión teleológica, heroica, episódica, oficialista, individualista, maniquea y localista. Teleológica en el sentido de considerar que la Independencia y la

* Historiadora. Profesora de la Universidad Laica Eloy Alfaro de Manta.

República fueron puntos de llegada. Heroica, en cuanto narrativa destinada a la mitificación de sujetos políticos. Episódica en la medida en que se descontextualizan los acontecimientos y solo se describen un conjunto de acciones. Localista, de forma tal que se destacan los acontecimientos de determinados espacios y se invisibiliza la reacción de las demás localidades. Maniquea, porque representa a la sociedad segmentada entre buenos y malos (criollos y realistas). Y, finalmente, estamentaria, debido a que privilegia la agencia de un grupo hegemónico y desconoce la participación de los sectores populares e incluso posibles proyectos políticos fallidos.

Las investigaciones académicas deberían servir como insumos para emprender el gran debate sobre la memoria, en el que la sociedad decida qué elementos del pasado deben ser destacados, en función de un proyecto nacional incluyente, democrático, diverso y descentrado. Si en el pasado se justificó la producción de una historia oficialista, ante la urgencia de “inventar a la nación”; hoy no es aceptable una construcción perpendicular de la memoria nacional, dirigida desde el Estado y sin participación de los ciudadanos. Al Estado le corresponde proponer la política de la memoria nacional y evitar un uso perverso del pasado para fines particulares o de proyectos políticos sectarios. La memoria es un asunto de construcción colectiva y por lo tanto es un objeto dinámico.

¿Cuál es su opinión sobre el debate que contraponen las fechas de independencia de diversas regiones del país? Por ejemplo, hay quienes enfrentan el 10 de agosto de 1809 al 9 de octubre de 1820. ¿Qué piensa al respecto?

La conmemoración del bicentenario coincide con un momento de fuerte tensión política nacional y mundial. Dos hechos de tal magnitud, obviamente, dan lugar a la interpelación de los imaginarios y las representaciones del pasado. Existen dos proyectos políticos que pugnan por el control del discurso historiográfico sobre la Independencia, para apuntalar sus propósitos. Desde la “derecha” se busca desmontar al 10 de Agosto como la fecha emblemática de la Independencia y por lo tanto del nacimiento del Estado nacional, asociada con Quito, y sustituirla por el 9 de Octubre, trasladando deliberadamente la génesis de la república a Guayaquil, cuyas élites promueven un proyecto neoliberal. Este discurso busca redimir a Guayaquil como el “mesías” que nos legó la “libertad” frente a la inacción de los demás pueblos de la patria y se articula con la tesis de un Guayaquil concebido como el emporio económico que ha sostenido al país, y que ha enfrentado el acecho del resto del Ecuador. Este discurso cala en ciertos sectores, frente al hecho cierto de que en la contraparte se sigue usando la vieja historia política, que localiza la acción y el pensamiento independentista fundamentalmente en Quito, alrededor de los hechos del 10 de agosto de 1809. Esta apuesta insiste en posicionar a la fecha como el “Primer Grito de la Independencia” y no

como un importante movimiento autonomista y por lo tanto el propulsor de un proceso rico y complejo que involucra a distintos colectivos y localidades, algunas de las cuales se sitúan en el espectro hispanoamericano. Es necesario deshacerse de los propósitos mitificadores, distanciarse de un debate superficial que busca simplemente canonizar fechas y lugares, y abordar otras aristas, una de las cuales sería el surgimiento del imaginario de “soberanía” popular o del nuevo orden republicano y constitucional, que se materializa en 1812 con la Constitución de Quito y con la Constitución de Cádiz. Así mismo, estudiar la construcción de una ilustración americana que fue capaz de concebir a estas sociedades no como colonias sino como reinos, disputando una jerarquía social y territorial con la metrópoli.

Los hechos del 10 de Agosto y los del 9 de Octubre son complementarios y ambos son parte de la historia nacional y del proceso de independencia. Si bien los actores políticos del presente tienen derecho a debatir sobre la memoria e historia política nacional, no es moral, ético, ni patriótico, la tergiversación y mutilación de la realidad histórica para apuntar un proyecto político oligárquico y hegemónico.

Desde su perspectiva de historiadora y ciudadana, ¿cómo cree que se ha encauzado la celebración del Bicentenario de la Independencia en el país? De ser el caso, ¿propone alguna sugerencia de cómo debería conmemorárselo?

La celebración se limita a ciertos ejes temáticos, está localizada en ciertas urbes y se siente una clara exclusión de las sociedades periféricas. Se ha centrado además en el episodio del 10 de agosto de 1809, en un intento por recanonizar la vieja y caduca historia política. Esta debe ser una oportunidad para abrir el debate nacional no solo sobre la Independencia sino sobre el largo proceso de las sociedades que han habitado el territorio de lo que hoy es Ecuador, para entender la complejidad y diversidad de la sociedad ecuatoriana y, por lo tanto, servir para la construcción de sociedades dialogantes, incluyentes, inter y multiculturales.

La celebración del Bicentenario debe promover también el diálogo sobre el rol que debe cumplir la historia en la pervivencia del Estado nacional; e incluso la relación entre la historia nacional y las múltiples historias que se escriben desde los márgenes reflejando la existencia de muchas memorias provenientes de la existencia de una sociedad diversa. Por supuesto, esta es también una oportunidad para articular el pasado con el presente, evitando una disección temporal que ubica a la historia como un conjunto de recuerdos fosilizados e inútiles para construir el devenir. En suma, es la gran oportunidad para repositonar al pasado como una representación absolutamente necesaria para construir los sentidos del presente.

Siendo el 10 de agosto de 1809 el hecho simbólico más importante, la celebración del Bicentenario debe lograr que cada ecuatoriano se conmue-

va y reflexione sobre un aspecto más esencial: el surgimiento y proceso de construcción de un Estado nacional en el contexto de un proyecto internacional de dominación y colonialismo, de muy larga data, que aún continúa vigente.

CARLOS LANDÁZURI CAMACHO*

¿De qué manera enfrenta usted el análisis histórico sobre la Independencia ecuatoriana?

Con un propósito central: el de entender de manera más profunda ese proceso y sus implicaciones para el presente. Entenderlo, no propiamente juzgarlo, porque no creo que la Historia sea un juzgado (el “Tribunal de la Historia”) ni que los historiadores seamos jueces y, peor todavía, jueces supremos o inapelables.

En segundo lugar, tratando de entender a la Independencia como un *proceso*, es decir, como un amplio movimiento humano (ideológico, social, político, económico), de amplias proyecciones cronológicas y espaciales.

En lo cronológico, una comprensión adecuada de la Independencia ecuatoriana debe partir de que ese proceso comienza por lo menos en 1808 (si bien sus antecedentes se remontan al siglo XVIII) y no termina sino en 1830, cuando se establece la República del Ecuador (si bien sus consecuencias duran hasta el presente). Es posible y lícito, desde luego, estudiar “momentos” de ese proceso, como, por ejemplo, “el 10 de agosto de 1809”, “el 9 de octubre de 1820”, “la Batalla del Pichincha”, o la acción de un personaje determinado en cualquiera de esos momentos, etc., pero no en forma aislada, sin tener en cuenta todo el fenómeno, pues el riesgo de proceder así es el de perder la perspectiva y equivocar el significado del aspecto que tratamos de analizar. En historia no es posible ni conveniente estudiar cada elemento aislándolo en forma “químicamente pura”.

En lo espacial, de la misma manera, es necesario tomar en cuenta que la Independencia ecuatoriana no es un hecho aislado, sino que forma parte de la Independencia de Iberoamérica y ésta, a su vez, de las revoluciones liberales que conmovieron el mundo occidental (Europa y América) durante las tres últimas décadas del siglo XVIII y las tres primeras del XIX, poniendo fin al “Antiguo Régimen”, con su economía mercantilista, su sociedad estamental y sus gobiernos monárquicos, e inaugurando la “modernidad”, con una economía capitalista, una sociedad democrática y unos gobiernos republicanos.

* Historiador. Profesor en la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, Quito.

¿Cuál es su opinión sobre el debate que contraponen las fechas de independencia de diversas regiones del país? Por ejemplo, hay quienes enfrentan el 10 de agosto de 1809 al 9 de octubre de 1820. ¿Qué piensa al respecto?

No participo de semejante enfoque, ni creo que deba asumirlo un historiador que intente ser profesional. En primer lugar, porque –precisamente– constituye una invitación abierta a perder de vista la complejidad propia del *proceso* independentista. En segundo lugar, porque ese tipo de enfoques suponen más el intento de establecer un juicio que el de lograr una comprensión más profunda.

Ilustremos lo dicho con un ejemplo. La pregunta *¿quién es el libertador más importante de Sudamérica, Bolívar o San Martín?* podría desatar una polémica interminable, pero irresoluble (la respuesta se basaría en consideraciones subjetivas) y, sobre todo, sería académicamente irrelevante.

En el caso concreto de la polémica que de hecho se ha planteado entre unos pocos intelectuales y políticos, principalmente quiteños y guayaquileños, hay, además, otro problema. Lo que en realidad está en juego no es la posibilidad de entender mejor unos acontecimientos históricos concretos, sino de adelantar los intereses económicos, sociales y políticos de determinados grupos que se enfrentan en el presente. Esas pugnas pueden ser legítimas, pero no dan lugar propiamente a un debate de historia profesional. No producen aportes significativos al conocimiento histórico, salvo, quizá, alguna rara excepción, y los escritos y conferencias en los que generalmente se expresan, si es que debiéramos analizarlos como trabajos históricos, deberían ser descartados como de pobre calidad desde el punto de vista académico.

Y no es que pretendamos que el historiador, para serlo, deba renunciar a vivir en el presente. Por el contrario, la tarea del historiador –como la de los científicos sociales en general– lleva, con frecuencia, a mayores compromisos con el aquí y el ahora. Pero mientras sigamos tratando de ser historiadores profesionales debemos seguir diferenciando entre el estudio histórico y el panfleto político. Entre la historia seria y profesional y la que no lo es.

Desde su perspectiva de historiador y ciudadano, ¿cómo cree que se ha encauzado la celebración del Bicentenario de la Independencia en el país? De ser el caso, ¿propone alguna sugerencia de cómo debería conmemorárselo?

Creo que la historia no pertenece a los historiadores que la estudian sino a los pueblos que la construyen. De allí que no sería dable que los historiadores pretendieran imponer una forma concreta de celebrar el Bicentenario y que, en principio, estaría bien que la gente lo celebrara como quisiera. Pero las celebraciones públicas casi nunca son del todo espontáneas y casi siempre suponen el gasto de dineros estatales con una intencionalidad determinada. Y eso vuelve pertinente que se discuta cómo se está *encauzando* las celebraciones bicentenarias, o cómo se debería hacerlo.

Sin pretender dar sugerencias concretas, deseo formular dos ideas generales. La primera: debe tratarse de una verdadera *celebración*, una fiesta de la que nadie se sienta excluido. Y, de la misma manera que en una fiesta de cumpleaños, deberíamos celebrar lo que somos, la simple alegría de vivir, de existir como país. Sin demasiados triunfalismos, porque el país que hemos construido no es plenamente libre, ni equitativo, ni solidario, ni incluyente, pero con esperanza, porque hay muchos ecuatorianos empeñados en lograrlo.

La segunda: los historiadores profesionales deberían tener mucho que decir en esa celebración. Y, respetando los diversos puntos de vista, propondría que la idea central sea la “unidad en la diversidad”. No es cierto que el Ecuador sea un espacio geográfico accidental. No es cierto que los intereses más profundos del pueblo guayaquileño, ni de ningún otro sector de la patria, apunten al separatismo. No es cierto que el desarrollo de ninguna circunscripción geográfica ecuatoriana se haya hecho –o pueda hacerse mejor– sin el aporte de las demás. No es cierto que la diversidad sea un “problema”, sino una gran posibilidad de enriquecimiento mutuo. Como país, hemos derrotado una y otra vez esas visiones miopes e interesadas. Seguimos existiendo, aunque sea en medio de dificultades, y existe una voluntad nacional de caminar hacia adelante.

ANA LUZ BORRERO VEGA*

¿De qué manera enfrenta usted el análisis histórico sobre la Independencia ecuatoriana?

El análisis histórico sobre la Independencia ecuatoriana, de cara a las conmemoraciones del Bicentenario, lo enfrento como un reto en búsqueda de un equilibrio en la comprensión de este proceso dentro del contexto del espacio hispanoamericano y andino. Las investigaciones históricas que realizo tratan de conjugar la reflexión teórica con un adecuado análisis de las fuentes y su relectura. La tesis doctoral en historia que desarrollo actualmente tiene como objeto el estudio de la participación de la región de Cuenca en la Independencia y la dialéctica entre las tesis fidelistas e insurgentes, hasta el triunfo de estas últimas. Busco romper con las historiografías tradicionales, que en su afán por construir una historia patria fundamentada en el Estadonación, se niegan a comprender que la ruptura del orden colonial desató fuerzas regionales en pugna con el poder central. La acción emancipadora no puede ser entendida solamente como un acontecimiento, debemos asociarla

* Geógrafa e historiadora. Profesora de la Universidad de Cuenca.

con la búsqueda de la construcción de una nueva sociedad política. Las guerras de independencia apelaban al derecho de los pueblos a la restitución de su soberanía y autodeterminación, que hasta entonces estaba depositada de manera colectiva en la autoridad real. Enfrento, por tanto, la reflexión sobre la Independencia a través del estudio de la transformación de la cultura política y del surgimiento de nuevos imaginarios políticos, que surgen de la ruptura entre el Antiguo y el Nuevo Régimen.

Considero necesario analizar las nuevas relaciones de poder y la nueva institucionalidad, así como la compleja red social y los variados actores que formaron parte de estas transformaciones históricas dentro de los distintos marcos territoriales donde éstos maniobraban, a nivel regional, nacional y en el mundo hispanoamericano. Busco reivindicar la idea de una cultura política propia hispanoamericana, no como un legado y una herencia simplista de la Revolución francesa o de la Independencia norteamericana. Enfrento el análisis de la Independencia como un “problema”, no solamente como una concatenación de sucesos y relatos de héroes, sin dejar de mirar a individuos que actuaron a través de la pluma, de la arena política o desde la perspectiva militar: un Bolívar, un La Mar, un Mejía Lequerica, un Olmedo o un Abdón Calderón.

¿Cuál es su opinión sobre el debate que contrapone las fechas de independencia de diversas regiones del país? Por ejemplo, hay quienes enfrentan el 10 de agosto de 1809 al 9 de octubre de 1820. ¿Qué piensa al respecto?

El debate que contrapone las dos fechas ha llegado a niveles de lo absurdo, eso demuestra cómo puede ser “manipulada” y “utilizada” la historia con fines políticos patrioterros, nacionalistas o regionalistas parroquiales. La indiferencia hacia el estudio serio de la historia y la ausencia de adecuadas políticas culturales, a nivel nacional y regional, con las excepciones del caso, son en parte las causantes del mencionado debate. Desconocer la importancia nacional de ambas fechas a doscientos años de la conmemoración del 10 de Agosto es un error en el que no puede caer la opinión pública y la historiografía seria; esta situación demuestra la débil educación para la ciudadanía existente en el país. Latinoamérica es la heredera de los movimientos que se iniciaron en 1809, en los territorios de la actual Bolivia, en Chuquisaca y La Paz, y la más importante de todas por su impacto, la Revolución de Quito, que creó la primera Junta de Gobierno Autónomo en estos territorios, y que desencadenaría una toma de conciencia de la posibilidad de la autodeterminación a nivel de Hispanoamérica.

Durante los procesos independentistas, se produjeron movimientos centrífugos y centrípetos. Los procesos no fueron lineales. Creer que la Revolución de Quito pretendía de antemano la constitución de una “nación” independiente que rompía totalmente con el vínculo colonial es un error, y

no debemos desnaturalizar su significado. En la convulsa época política de 1809, en plena crisis de la monarquía española, y ante la ausencia del rey, ¿a quién correspondía asumir el poder? Si conocemos bien la historia, entonces entenderíamos la importancia de la “retroversión de la soberanía”, y la intención del pueblo de Quito de asumirla. Por otro lado, no se debe desconocer que en los discursos independentistas y en el imaginario colectivo de la época el término clave no fue el de “nación”, sino el de “patria”; ése es el caso de Guayaquil y del movimiento del 9 de Octubre, que pretendía la independencia de esta provincia. Léase “patria” como el lugar donde se ha nacido.

Desde su perspectiva de historiadora y ciudadana, ¿cómo cree que se ha encauzado la celebración del Bicentenario de la Independencia en el país? De ser el caso, ¿propone alguna sugerencia de cómo debería conmemorárselo?

La celebración del Bicentenario de la Independencia del Ecuador tiene una gran importancia para mí, pero para la gran mayoría de ecuatorianos esta celebración ha pasado prácticamente desapercibida. Si bien el Gobierno ecuatoriano creó un *Comité Presidencial del Bicentenario* con el fin de planificar y coordinar la ejecución de un programa nacional de conmemoraciones, y que el Ecuador ocupa la presidencia *Protempore* del Grupo Bicentenario que agrupa a los distintos países latinoamericanos que se aprestan a celebrar las fechas conmemorativas de la Independencia, no se puede decir que se ha creado una conciencia ciudadana, una participación nacional sobre su verdadera importancia. El Ministerio de Cultura y el Municipio de Quito han programado actividades conmemorativas, pero sin una visión de lo nacional. No existe una política cultural planificada de mediano y largo alcance sobre la importancia del tema; brillan acciones aisladas, eventos y programas ligados únicamente a la coyuntura y de poco alcance.

Si bien existen estudios y publicaciones sobre el tema, no necesariamente han contado con el suficiente apoyo estatal o institucional. Me pregunto, por otro lado, ¿por qué existe un gran silencio y desinterés dentro de la comunidad científica y universitaria ecuatoriana? Con contadas excepciones, creo que se considera que la reflexión sobre el Bicentenario es únicamente asunto de historiadores. No se mira el Bicentenario como una oportunidad para una reflexión y relectura crítica de la historia nacional y la necesidad de búsqueda de nuevas conceptualizaciones y teorizaciones. Por esta razón aplaudo la realización del más importante acto académico sobre el tema que se realizará en Quito del 27 al 31 de julio, el *IV Congreso Sudamericano de Historia/VII Congreso Ecuatoriano de Historia 2009 “Las independencias, un enfoque mundial”*, en cuya organización participan la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador; el Taller de Estudios Históricos, TEHIS; la Sección de Historia y Geografía de la Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín

Carrión; la Asociación de Historiadores Ecuatorianos, ADHIEC, y el Colegio de América de la Universidad Pablo de Olavide de Sevilla.

ENRIQUE AYALA MORA*

¿De qué manera enfrenta usted el análisis histórico sobre la Independencia ecuatoriana?

En Ecuador, como en toda América Latina, la Independencia es el punto de partida de nuestra inacabada construcción nacional. Casi siempre se la ha visto como un conjunto de hechos puntuales y coincidentes. Pero la emancipación del actual Ecuador no puede ser explicada por motivaciones aisladas, sino por causas estructurales complejas. Y aunque se dio en un marco internacional favorable, el principal motivante fue interno.

El proceso se inició con pronunciamientos locales, como el de Quito, que fue uno de los pioneros, pero fueron sofocados. Luego la guerra se dio en Sudamérica desde los polos del Río de la Plata y Venezuela, para confluir al fin en el Perú. Al mismo tiempo, la base social del esfuerzo bélico se amplió. El notable aporte de Bolívar fue darse cuenta de que la independencia de cada una de las circunscripciones coloniales era inviable si no se la enfrentaba como un esfuerzo general de todo el subcontinente. Por otro lado, fue comprender que los sectores populares no iban a unirse al proceso si no se consideraban sus propios intereses. Bolívar incorporó a los pardos, llaneros y a la chusma urbana en la campaña independentista. Fue un pionero de la integración social de nuestros países y de la integración internacional entre ellos.

En tiempos de la Independencia, en los muros de Quito apareció la leyenda: "último día del despotismo y primero de lo mismo". Desde entonces, muchos han afirmado que la Independencia fue un cambio de gobierno y no ruptura del hecho colonial. Pero, en verdad, la Independencia fue una revolución en que pesaron más las rupturas que las continuidades. Derrumbó el poder metropolitano y expulsó a los "chapelones"; sacudió las estructuras de la sociedad aunque no cambió las relaciones básicas en las que se asentaban, provocó rápidos ascensos y descensos sociales, abrió nuevas líneas de comercio, desató cambios en ideas y costumbres.

La tradición historiográfica pintó a las independencias como acciones heroicas de grandes individualidades. Pero en estos, como en todos los grandes procesos históricos, el actor fundamental es el pueblo. Por ello debemos

* Historiador. Rector de la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador.

profundizar nuestros esfuerzos por comprender mejor la acción de sus protagonistas colectivos. También debemos comprender que la ruptura independentista no fue lineal. Provocó transformaciones importantes, entre ellas un clima de participación popular, pero luego desembocó en procesos regresivos. Los sectores dominantes, apenas fundados los nuevos estados, cambiaron el discurso de la libertad por el del orden, y trataron de que el cambio de manos del poder no afectara en su raíz a las desigualdades.

¿Cuál es su opinión sobre el debate que contraponen las fechas de independencia de diversas regiones del país? Por ejemplo, hay quienes enfrentan el 10 de agosto de 1809 al 9 de octubre de 1820. ¿Qué piensa al respecto?

La Independencia debe ser vista como un proceso, no como una sucesión de hechos. Solo así se aprecia una continuidad entre las “patrias bobas” y las grandes acciones militares de los años veinte del siglo XIX. Solo así se entiende como de las declaraciones de lealtad a Fernando VII, surgidas a veces de la convicción y otras de la conveniencia, se llegó a la ruptura total, a la “guerra a muerte”. Los grandes procesos históricos rebasan constantemente sus propios horizontes.

Por ello es absurdo tratar de ver si un hecho histórico fue “más independencia” que otro. Solo personas de escasa o ninguna formación profesional como historiadores pueden poner en oposición el 10 de agosto de 1809 con el 9 de octubre de 1820, afirmando que el primero no fue independencia y el otro sí. En realidad, ambos son parte de un mismo proceso libertario, que fue madurando desde sus inicios con la Revolución de Quito, hasta que con la proclamación de Independencia de Guayaquil se inició la fase final, que culminó con la Batalla del Pichincha y el fin del coloniaje en nuestras tierras.

Más allá de las interpretaciones reduccionistas motivadas por el sectarismo o la ignorancia, es muy importante constatar que, en su tiempo, los patriotas que fueron actores de los hechos no vieron sus esfuerzos libertarios como aislados o contrapuestos. Los protagonistas del movimiento de 1809 en Quito se pusieron como prioridad inicial buscar el apoyo de las otras regiones de la Audiencia como Cuenca y Guayaquil. Por su parte, apenas instalado el gobierno de Guayaquil en 1820, se empeñó en liberar a Quito. Y, luego de algunos intentos fallidos, lo logró con la participación de las fuerzas enviadas por la República de Colombia con Sucre a la cabeza. Nuestros patriotas fueron solidarios y pensaron no solo en sus localidades sino en el país que estaban formando.

Desde su perspectiva de historiador y ciudadano, ¿cómo cree que se ha encauzado la celebración del Bicentenario de la Independencia en el país? De ser el caso, ¿propone alguna sugerencia de cómo debería conmemorárselo?

Muchos historiadores nos negamos a reducirnos a la tradicional acción de los marqueses, y menos aún vamos a participar en la pobre disputa sobre la falsa “competencia” entre el 10 de Agosto y el 9 de Octubre, planteada desde la ignorancia y las taras regionales. La Revolución de Quito abrió el proceso de nuestra independencia y tuvo impacto continental. Debe ser conmemorada en una dimensión mundial.

Si el siglo XIX fue el de las independencias latinoamericanas y del crecimiento y auge de los imperios coloniales, el siglo XX fue el de la descolonización en Asia, África y el Caribe. Las independencias latinoamericanas decimonónicas y los procesos de descolonización de otros lugares del mundo en el siglo pasado tuvieron gran impacto en el ámbito internacional y cambiaron la historia del mundo.

Por ello, la conmemoración del bicentenario de la Revolución de Quito es ocasión para promover, por primera vez en la historia, un estudio comparativo entre las dos realidades en un marco global. Comparar los procesos, sus actores, continuidades y rupturas, es un gran desafío y un gran aporte académico. Con esa visión hemos organizado el simposio “Las independencias, un enfoque mundial. Estudios comparativos sobre la transición de colonias a estados nacionales en los siglos XIX y XX”. Este coloquio propone un trabajo inédito de comparación de los procesos mencionados que dé cuenta de sus paralelismos y diferencias en una perspectiva mundial. Al acto concurrirán investigadores provenientes de países de América Latina, Europa, Norteamérica, Asia y África. El simposio se realizará en el VII Congreso Ecuatoriano de Historia/IV Congreso Sudamericano de Historia, del 27 al 31 de julio de 2009. Esperamos que el acto sea un homenaje a Quito y un espacio de debate y crítica.

ÁNGEL EMILIO HIDALGO*

¿De qué manera enfrenta usted el análisis histórico sobre la Independencia ecuatoriana?

Me aproximo a la Independencia ecuatoriana con la cautela que merece un proceso complejo, donde impera el tiempo corto, con coyunturas clave para entender la dinámica de los cambios, como parte de la crisis y disolución del Imperio español.

* Historiador guayaquileño.

Si bien la idea de la independencia nos remite a las discontinuidades y rupturas –y esa ha sido la tónica general de los enfoques e interpretaciones que se han hecho–, creo importante repensar las continuidades que sostienen la trama estructural de las sociedades hispanoamericanas, a partir de la cual se tensa la larga duración. Pienso en el aporte silencioso –no por ello menos importante– de sectores de la plebe, con sus demandas y aspiraciones, algunas en resistencia a los proyectos liberales ilustrados de líderes y caudillos, como ocurrió con la mayoría de la población indígena de la Sierra ecuatoriana. En cuanto a las élites, habría que indagar más en los laberintos de una sociabilidad que ha sido calificada de “barroca”, donde imperarían convencionalismos, prejuicios y estereotipos sobre la otredad, lo que explicaría el escamoteo de los espacios públicos, en el caso de las mujeres, por el rol pasivo que se les asignó en las sociedades premodernas.

Creo, de igual forma, pertinente estudiar la diferenciación regional que se impone en toda lectura sobre las independencias de nuestros países. Las condiciones de aislamiento geográfico, fragmentación social y ausencia de un “centro” político, así lo imponen. A la existencia de proyectos regionales desemejantes y hasta opuestos –lo que se evidencia en la negativa de Cuenca y Guayaquil, frente a la solicitud de apoyo que eleva la Primera Junta de Quito–, se añade la presencia de ritmos y temporalidades desiguales, en torno a la validez y pertinencia de ideas políticas como el federalismo, acariciado por algunos republicanos (Vicente Rocafuerte, por ejemplo), aunque posteriormente abandonados, en el ejercicio del poder político.

Es necesario analizar, con mayor detenimiento, el tinte determinista y teleológico de las narrativas patrióticas sobre la Independencia. Hay razones para entender que estos sesgos responden a la ansiosa búsqueda de afirmación nacional que empezó a fraguarse en el campo de batalla. Aquí, pisamos el terreno de las mentalidades, buscando la lógica interna de ocultamiento y visibilización de representaciones nacionalistas que modelan y condensan los discursos políticos –incluso de nuestros actuales líderes– y reducen todo intento de comprensión del proceso independentista, al enfrentamiento entre héroes y villanos, sin hablar de las implicaciones que este relato dominante tiene en el medio educativo. El desentrañamiento de los sentidos escondidos del vínculo independencia-nación sobrepasan los límites de la academia para instalarse en la memoria colectiva, fenómeno que debe ser estudiado a profundidad, porque constituye uno de los ejes articuladores en la construcción de la nación.

¿Cuál es su opinión sobre el debate que contrapone las fechas de independencia de diversas regiones del país? Por ejemplo, hay quienes enfrentan el 10 de agosto de 1809 al 9 de octubre de 1820. ¿Qué piensa al respecto?

Es una discusión bizantina y entraña un profundo desconocimiento de las dinámicas y particularidades de los procesos históricos, pues no se trata

de probar qué ciudad o región mostró mayor adhesión a las ideas liberales de independencia política –como si de una competencia se tratara–, sino cuál fue su aporte en la conformación de un nuevo orden sociopolítico, en el proceso de desintegración de la monarquía española. El caso del libro de divulgación *Historia de Guayaquil*, de M. Hoyos y E. Avilés, es la palmaria muestra de cómo el relato escrito desde el poder –y con claros fines propagandísticos– fracasa una vez más, en su intento de rebajar al *otro*, sin más argumentos que la supuesta “defensa” de una cierta “identidad” local, construida en torno a intereses y aspiraciones de sectores oligárquicos.

La memoria histórica de los ecuatorianos no es patrimonio exclusivo de ninguna región o grupo social, aunque resulta importante destacar las historias locales, regionales, étnicas, de género, etc., empujadas por las visiones uniformes que imperan en los relatos del Estado nación. Para ello, se debe contar con la suficiente competencia académica, lecturas informadas, serenas y críticas, como amerita este tipo de esfuerzos.

Desde su perspectiva de historiador y ciudadano, ¿cómo cree que se ha encauzado la celebración del Bicentenario de la Independencia en el país? De ser el caso, ¿propone alguna sugerencia de cómo debería conmemorárselo?

Pienso que se hace énfasis en el tiempo corto, es decir, el acontecimiento como tal, más que en el proceso iniciado con la formación de la junta autónoma de Quito (1809) y culminado en Pichincha (1822), mediando los pronunciamientos independentistas de Guayaquil, Cuenca y otras ciudades. Es decir, hay que hablar de *las independencias* y a la vez, del proceso que explica la emergencia de nuevas realidades sociopolíticas, económicas y culturales, desde una dimensión continental. Creo importante que la Comisión del Bicentenario estimule planes concretos de investigación, a partir de enfoques diversos, sin excluir el análisis de las percepciones que, sobre esta problemática histórica, tiene el lector no especializado.

